

# La Historia como presente

En fin de cuentas, lo más propio de la Historia es garantizar que pueda cambiarse, de verdad, la marcha de un pueblo, que se le faciliten esos saltos en su órbita, esto es, que, en último término, se le abra vía libre a la plena posibilidad de gobernarse a sí mismo.

**J. A. Maravall.** *La cultura del Barroco*

**E**l presente siempre como meta. La Historia, en José Antonio Maravall, ha sido siempre algo vivo. Tanto su obra escrita como sus clases, sus conferencias, conversaciones y su vida entera de historiador en activo, hasta el último instante, han sido una búsqueda y nunca un subterfugio que consuele, o justifique, o sirva para la afirmación derrotista de que «todo es vanidad de vanidades», ese tópico que, desde que lo afirmara el hombre desesperanzado del Eclesiastés, ha seguido repitiéndose hasta nuestros días, aunque lo haya hecho vestido con muy diferentes ropajes. No, en Maravall el estudio de la Historia, su construcción, han sido siempre afirmación del tiempo, hecha muchas veces en encarnizada lucha contra él, contra los malos tiempos externos que, como a tantos otros, le tocó sufrir y contra el tiempo personal; una lucha que, como toda su obra, si por algo estuvo marcada fue por la esperanza.

Y esta afirmación del tiempo no le llevó ni a aquel tópico justificador de tantos abandonos, al reducir a la nada cualquier acción posible, ni tampoco a una triunfalista afirmación del irremediable progreso inserto en el devenir histórico, que negaría también, aun cuando lo hiciera en una dirección diferente, la capacidad transformadora de la acción de las gentes en la Historia, esa capacidad de «governarse a sí mismo».

Sus primeros artículos, centrados sobre su presente más inmediato, están ya animados por el mismo espíritu esperanzado que ha seguido latiendo en todos sus escritos, así como por una temprana denuncia de lo que no era en modo alguno justificable. Pero, desde muy pronto, el cuerpo central de su obra se dirigirá al estudio de un espacio y un tiempo muy determinados: la España barroca, término este que Maravall defendió desde muy pronto como el más apto para definir una cultura cuyos rasgos básicos quedaron magistralmente trazados en *La cultura del Barroco*, publicada en 1975, pero en la que se recogían análisis y aportaciones hechas a lo largo de décadas anteriores.

No se trata aquí de hacer una exposición de la muy extensa obra de Maravall (no habría espacio suficiente aquí para hacerlo sobre algo que abarca desde la Edad Media hasta el siglo XIX). Lo que sí me gustaría señalar es cómo su preocupación por otra época, tan aparentemente alejada del momento actual o de los problemas que azotaban a un deter-

minado período más contemporáneo, no estaba en modo alguno alejada del presente, animada siempre por ese objetivo que, de muy distintas maneras, defendió: el de lograr que los hombres llegaran a ser dueños de su propia historia y se gobernaran a sí mismos.

Esto quedaba claro en sus clases, en primer lugar. Los que tuvimos la suerte de tenerle como profesor —aunque, a mi juicio, la palabra «maestro» sería más correcta para designar su enseñanza: maestro en el doble sentido de quien domina un arte y de aquél que enseña a otros, con generosidad, el camino para llegar a conocerlo— podemos afirmarlo. Porque sus clases, aunque hablaran del barroco o de la España ilustrada y, por supuesto, cuando en ellas se analizaba la historia de España de los siglos XIX y XX, nos eran útiles para la aproximación crítica al presente gracias al análisis, que él hacía sin aspavientos y sin el fácil recurso a una terminología que, en tantas ocasiones, terminaba —en otros— imperando sobre el enorme vacío al que la pretendida carga ideológica que las palabras querían llevar no conseguía borrar. No eran los términos acotados lo más importante en sus clases, sino el método seguido para acceder al estudio de la realidad que en cada momento se estaba exponiendo. Un método en el que se incorporaban no sólo las abundantes referencias historiográficas españolas y extranjeras, necesarias para la comprensión, sino las de la literatura, el arte en sus diversas manifestaciones, la cultura popular. Pero también, y creo que es bueno recordar esto hoy, Maravall incorporaba en sus lecciones el estudio sociológico: ¿he de decir, de nuevo, que en sus clases, mejor que en otras más específicas, muchos aprendimos a conocer la obra de algunos de los teóricos sociales más avanzados? Para Maravall la Historia fue siempre historia social, y el título de su última obra así viene a reafirmarlo.

El presente está claro también en su vasta producción historiográfica. Ya lo he dicho antes. No trataré de hablar de todo lo que escribió, pero sí me gustaría hacer referencia, en la medida misma que ha sido lo que posiblemente más me interesó, a su análisis, continuado, constante, progresivamente creciente en profundidad y matizaciones, del poder. De las diversas caras del mismo. Del poder visto desde la óptica de la élite que domina, al que tantas páginas dedicó y del que su *Poder, honor y élites en el siglo XVII* es una buena muestra y un innovador estudio en muchos de sus aspectos. Del poder en tanto que organización, construcción humana y proyecto político estatal: las páginas de su *Estado moderno y mentalidad social* siguen siendo y lo serán por mucho tiempo, punto de referencia obligado para todos aquellos que deseen tener un mínimo conocimiento de la génesis estatal, no sólo en España sino en todo el Occidente europeo, y aún para quienes sostienen que no puede, en puridad, hablarse de Estado en este tiempo. Y del poder, sobre todo, en tanto que dinámica continua entre los distintos elementos que lo componen y aquéllos sobre los que se ejerce o intenta ejercerse. Dinámica que recorre, en unos casos, los canales establecidos y que, en otros, se ve dificultada o impelida hacia adelante por actuaciones llevadas a cabo al margen, o que intentan salirse de las vías establecidas y consideradas como «normales» para el desenvolvimiento adecuado de la sociedad.

Es el análisis de esta dinámica el que hace, en mi opinión, tan sugerente e innovadora la obra de Maravall. Porque en él se parte de la base establecida por un sólido acercamiento a la época histórica en que todos aquellos personajes marginados, o rebeldes, o que intentan trepar, como lo hace el pícaro, a través de los resquicios que la estructura

social deja entreabiertos, se mueven y crean una realidad viva. Acercamiento que hace posible que la Celestina, Don Quijote, Guzmán, Estebanillo, Lázaro, Pablos, Teresa o Justina, salgan de los meros límites del texto literario en que se originaron y se encarnen en un momento social, al que iluminan y, en parte también, conforman. Acercamiento que es logrado sin falseamientos o lecturas distorsionadas o, simplemente, sin el recurso a la transformación en realidades de carne y hueso, sin ninguna inserción en la realidad material de la España barroca, de personajes que, en su misma definición, no son sino máscaras, representaciones. Y para que esto se consiga hay que mirar cómo, a la par que todos esos estudios, están los que Maravall ha hecho sobre la España medieval, la idea de progreso en el desarrollo de una sociedad, la teoría política de los siglos XVI y XVII y toda una serie de análisis sobre los más diversos aspectos de la realidad histórica de aquel tiempo, estudios que ha ido publicando a lo largo de medio siglo de actividad ininterrumpida.

Esta aproximación global, que en ningún momento se pretendió «total» (Maravall dijo, en más de una ocasión, y así lo dejó escrito en algunos de sus libros, que la pretensión de una historia total suponía negar la misma historia), se hace siempre de modo equilibrado, lo que no contradice la continua presencia del asombro, de la curiosidad y, en tanto momento, de la indignación frente a los hechos injustos que se exponen y, sobre todo, frente a la supervivencia de algunos de estos hechos a lo largo de los siglos. No es difícil encontrar en la obra maravalliana críticas como la que sigue, hecha a propósito del descrédito y la visión negativa que la pobreza experimenta con el advenimiento de la modernidad: hay una frase en la literatura política del XVII, dice en su última obra, que «se diría más directamente ligada a la mentalidad conservadora decimonónica en su más estrecha y pretenciosa perspectiva, una frase que condensa la ofensiva e intolerable doctrina de Donoso-Cánovas sobre las inteligencias directivas de la sociedad... en el siglo XVII el mallorquín Vicente Mut escribirá "pobre es el que no sabe hacerse rico"... Según esta versión, ligada a la doctrina conservadora de la frustración, todavía hoy vigente, triunfar en la sociedad es una libre manifestación de capacidad personal y depende de las cualidades morales e intelectuales del individuo alcanzar o no el éxito».<sup>1</sup>

Pero en Maravall la indignación no ciega: desenmascara y revela. Y esto se puede ver de forma nítida en su aproximación al mundo de la cultura barroca, en el que dicho proceso de revelación es paso imprescindible para el conocimiento y la crítica del mismo. Entre otros, fue Foucault quien, en *Las palabras y las cosas*, señaló en una similar dirección hace también bastantes años<sup>2</sup>. Revelación hecha desde la distancia, que no desde el distanciamiento —y en esto cabría una equiparación entre ambos pensadores— desde la perspectiva, desde la clarividente separación de los discursos superpuestos que pueblan no sólo la literatura sino el teatro barroco, en el que Maravall mostró, en un libro pequeño pero magistral, los mecanismos de adaptación, el discurso contemporizador y de acatamiento sumiso al vigente orden establecido, hecho desde obras que, en algunos casos, se presentaban incluso bajo el ropaje de un lenguaje rompedor de viejas tradiciones<sup>3</sup>. Una revelación que, si es clara en toda la obra de Maravall, queda quizá más patente todavía en su último estudio, compendio y renovación de los anteriores. Me refiero, claro está, a *La literatura picaresca desde la historia social*.

<sup>1</sup> J. A. Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social*. Madrid 1986, p. 75.

<sup>2</sup> M. Foucault, *Les mots et les choses*. París 1966.

<sup>3</sup> J. A. Maravall, *Teatro y literatura en la sociedad barroca*. Madrid 1972.

Lo que ya se había apuntado a lo largo de toda su obra, lo que muchos habíamos tenido ocasión de irle viendo elaborar en conferencias, conversaciones, clases, en las continuas alusiones y en la constante interrogación hecha a lo largo del extenso período en que el libro se fue gestando, lo encontramos ahora entre las manos en un texto que es algo más de lo que su título dice, aun siendo éste toda una afirmación de un modo de entender lo que la Historia es, y debe ser, defendido largamente por su autor. Nos encontramos con una obra que traza el cuadro de toda una sociedad, a la que el pícaro, sujeto central, ilumina y en la que se constituye en punto desde el que enfocar con perspectiva privilegiada (*Atalaya de la vida humana*, subtitulará a su obra Mateo Alemán) las luces y las sombras, las posibilidades de avance y el cierre final del que el pícaro, figura simbólica a la par que sujeto real, es víctima mucho más que verdugo. Víctima a pesar de los discursos morales que intercala toda esta literatura y que, como Maravall señala certeramente, cumplen una función esencial en la misma: no son un mero adorno, ni una máscara con la que superar las trabas impuestas por la censura, sino que actúan como contrapunto iluminador de los comportamientos del personaje central de la novela y del mundo apicarado que lo rodea: contrapunto que, en algunas ocasiones, termina siendo una irónica y crítica visión de la falsedad y el fraude inherentes a la propia sociedad que lo elabora y sobre la que tal discurso actúa como cohesionador<sup>4</sup>; y así, el «todos mienten, todos roban», tópico de las literaturas sapienciales anteriores, se convierte, gran parte de las veces en que a él se alude, en un fuerte instrumento de crítica.

El análisis de las condiciones que hacen posible el surgimiento del pícaro es un cuadro completo del mundo barroco y de la crisis que, al igual que sucede en toda la Europa occidental, lo atraviesa en el siglo XVII. Y la picaresca, posiblemente mejor aún que los escritos de los economistas políticos de la época, permite apreciar las distancias existentes en la evolución de los distintos países. Porque como Maravall señala, aun cuando es cierto que en todo el mundo occidental se da esta nueva valoración de la riqueza y crecen las ansias de lucro y de ascenso social, las posibilidades reales de movilidad no se construyen de igual modo, siendo mucho mayores en aquellos lugares en los que, como Inglaterra o Francia, se da un impulso al desarrollo de las actividades manufactureras. Todavía existen, en esos países occidentales, trabas para el ascenso social, que se pueden encontrar en novelas del género que podría encuadrarse dentro del picaresco (nos remitimos a las abundantes referencias hechas, en la obra, a la *Moll Flanders* de Defoe o al *Simplicissimus* de Grimmelhausen, entre otros), pero que no llega a constituirse en el cuerpo literario que será en España. Aquí, la picaresca sería la respuesta individual a la búsqueda del medro social, hecha por aquel individuo que encuentra cerrados, o casi inasequibles, los canales válidos y escoge, como única vía posible, el camino fraudulento en el que las formas de la moral establecida, los gestos y los símbolos, se utilizan como meros instrumentos aparienciales para el logro de lo que se pretende. Logro que, como tantas veces se señala a lo largo de este último estudio de Maravall, termina siempre en un rotundo fracaso, cargado en la mayoría de las ocasiones de la amarga ironía que rezuman los autores de la novela picaresca.

Aunque, como ajustadamente señala Maravall, la picaresca no sea la novela de los pobres, como tampoco la de los conversos, ni tan siquiera la de los burgueses frustrados

<sup>4</sup> J. A. Maravall, *La literatura picaresca...*, op. cit., fundamentalmente pp. 434 y ss.